

# LOS ÁNGELES INSURRECTOS



CAROLINA MOLINA

# LOS ÁNGELES INSURRECTOS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: abril de 2026

© Carolina Molina, 2026  
© de la presente edición: Edhasa, 2026  
Diputació, 262, 2º1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6454-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 4456-2026

Impreso en España

«Ángeles del hogar» fue la denominación acuñada en el siglo XIX para describir el ideal femenino: mujer, esposa y madre. Ángel prisionero de un hogar donde la mujer era el sostén de la vida y del que apenas podía salir. A pesar de ello, hubo numerosas mujeres que llevaron su presencialidad fuera de la casa convirtiéndose en el principal pilar de la sociedad. En esta novela aparecerán muchas de ellas, con oficios diversos contrastados en documentación escrita (ensayos, novelas costumbristas, libros de viajes, crónicas y prensa de la época).

Unos años más tarde del periodo en el que transcurre esta historia, hubo mujeres, la mayoría escritoras, que cuestionaron la expresión «ángeles del hogar». Fueron las primeras en acercarse al feminismo. Pero, mientras tanto, la mujer seguía sosteniendo el mundo, alimentándolo con su leche (nodrizas), lavando su sociedad (lavanderas), dirigiendo instituciones benéficas (Junta de Damas de Honor y Mérito), gestionando negocios (imprentas, bodegas, tiendas), ejerciendo trabajos liberales (escritoras, matronas, dentistas, inventoras, pintoras o maestras) o defendiendo su país (soldado, cantinera en campo de batalla). Ellas estuvieron ahí siempre; sólo hay que buscar para encontrarlas.

«Ninguno que esté medianamente instruido negará que, en todos los tiempos, y en todos los países, ha habido mujeres que han hecho progresos hasta en las ciencias más abstractas. Su historia literaria puede acompañar siempre a la de los hombres, porque cuando éstos han florecido en las letras, han tenido compañeras e imitadoras en el otro sexo.

[...]

De todos estos antecedentes se infiere, necesariamente, que, si las mujeres tuvieran la misma educación que los hombres, harían tanto, o más, que éstos»,

*Discurso en defensa del talento de las mujeres y de su aptitud para el gobierno, y otros cargos en que se emplean los hombres, Josefa Amar y Borbón (siglo XVIII)*

# INTRODUCCIÓN

## Año 1840

### EN MADRID

Los inquietos ojos de Théophile Gautier repararon en un detalle del periódico. Se consideraba especialmente adicto al *Diario de Avisos* de Madrid, que contenía una ingente cantidad de anuncios, resultándole de gran utilidad para conocer el común comportamiento de los españoles. Llevaba ya unos meses de viaje por España, anotando en su pequeño cuaderno sus peripecias, pero nada le proporcionaba más deleite que los curiosos reclamos que publicaban en los diarios por tener estos succulentos detalles como la fiesta del día, la guía de misas y sermones o la temperatura que habrían de soportar. Todo eso, a un francés de levita estirada como él era, le sonaba a leyenda ancestral y activaba su imaginación de escritor.

Leyó varias veces el anuncio que llamó su atención, el cual rezaba así:

Micaela Tacón, vecina de la corte, de edad de veintidós años, solicita cría para casa de los padres o para la suya; tiene leche de un mes y personas que la avalan. Darán razón en calle Arenal, número 4, portal del esterero.

Y justo pegado a aquél, como esquila mortuoria, encontró otro que decía:

En la calle de Santiago el Verde, número 5, se halla una nodriza de edad de veintitrés años, primeriza, con leche buena, examinada por facultativos; la expresada nodriza se encuentra robusta y disfruta de excelente salud.

Quedó el escritor francés sorprendido de ver a tantas nodrizas anunciarse y no perdió un segundo en compartir el descubrimiento con su compañero de viaje Eugène Piot, que desayunaba junto a él y conversaba con una *madame* amiga. Los tres ocupaban el rincón habitual del café de la Bolsa, esquinado a la calle de Carretas, que habían elegido en los primeros días de su llegada a Madrid.

—*Attention!*—dijo en su francés natal para continuar chapurreando un español que no todos entendieron—. ¿Han visto ustedes la extraordinaria cantidad de anuncios que hoy publica el *Diario* ofreciendo amas de cría? Oigan, pues, si no los importuno: «Una joven de edad de veinte años, primeriza, con leche abundante y buena de un mes, solicita encontrar dónde criar; tiene quien la abone y dará razón el memorialista de la calle de Preciados, número 8». Y también: «Antonia Gómez solicita cría para su casa o la de sus padres. En la plazuela del Ángel, número 22, cuarto tercero, darán la razón y abonarán su conducta». Y si fuera poco, ya van cinco: «Una joven robusta, de las montañas de Santander, con leche abundante de tres meses, solicita cría para casa de los padres. Tiene personas que la abonan. Darán razón en la calle del Barquillo, número 12, cuarto bajo de la derecha».

Gautier tomó aire tras leer a media voz; todavía le costaba pronunciar el sonido de la erre. Después, mirando a cada uno de los presentes, preguntó:

—¿Sabían ustedes de este mercado de madres tan peculiar?

La mujer que junto a Piot estaba sacó su abanico. Era inglesa de origen, aunque establecida en Madrid años atrás. Trató de evadir la contestación, pues la respuesta habría de ser necesariamente impertinente tratándose de un tema tan femenino; pero ante la insistencia del francés sentenció lo que sigue:

—Verá usted, señor Gautier, según lo que he vivido en estas tierras, no existe familia que no persiga y reclame una buena ama de cría. Es lógico que ustedes, varones y sin ataduras, desconozcan la importancia de mantener sano un linaje. Pero ¿qué sería de nuestros hijos sin leche de la que nutrirse...? Mire tras los cristales de este local y fíjese usted en las mujeres que deambulan por la calle. ¿No cree que demasiadas visten de luto? La mayoría tienen en su conciencia, por no haberlo podido criar bien, a un hijo muerto.

Hubo un silencio reflexivo que Gautier empleó en confirmar los extremos que la *madame* exponía. Lo hizo observando la animosa vía que despertaba al tiempo que los madrileños, deseosos unos de oxigenarse con el frescor de las primeras temperaturas, y otros, con ímpetu forzado, iniciando ya sus tareas domésticas y profesionales. De las tahonas salían los primeros mozos con sus tablas de madera sobre la cabeza, cubiertas de bollos y panes recién horneados. Atravesaban las aceras las madrugadoras lavanderas, cimbreado sus cuerpos al apoyar en la cadera las cestas de mimbres, vacías ahora de ropa que frotar. Las porteras escobaban o fingían hacerlo, mientras cruzaban los primeros saludos con las taberneras que ya abrían las contraventanas de sus viejos locales. La calle resucitaba, y a ella iban a salir hombres y mujeres con sus trajes tristes, algunos marrones o grises y en su mayoría enlutados, que a simple vista sólo parecían de paño pardo pero que, si te fijabas, los asociabas con la muerte.

—¡Caramba! —exclamó Gautier—. No lo había pensado. Cierro es que la hambruna y las enfermedades nos han afectado a todos los europeos, pero siempre relacionas a España con la alegría, el canto y el baile... ¡Cuánto nos queda por aprender sobre este país!

La *madame* continuó su argumento moviendo el abanico que agitaba frente a su pecho con lentitud; no como una mano, que lo habría meneado sin piedad. En aquello ya se reconocía su condición de extranjera.

—Tengo una vecina, española, por supuesto, que ha tenido cinco hijos. De tres de ellos guarda en su salón el recuerdo de sus cabellos, ahora convertidos en un cuadro floral... Esa moda de coleccionar objetos de los que se han ido me parece un poco morbosa.

—La gente reacciona de una manera muy extraña cuando se enfrenta a la muerte... Cultura, amiga mía, es todo cuestión de cultura —afirmó Piot—. Si gustan, esta tarde puedo invitar a una dama que conocí por casualidad a nuestra llegada. Viene por Madrid con frecuencia, alojándose en nuestra fonda de la Amistad. Me pareció muy enterada de las costumbres locales... Creo, por lo que pude averiguar, que su marido debió de tener un puesto importante en el gobierno. Lo deduzco porque conoce a la duquesa de la Victoria, que resulta que es la esposa del general Espartero. Podrá ser muy útil para aclarar nuestras dudas.

—¡Excelente! —Gautier sacaba ya su cuaderno de notas—. ¿Y cómo dices que se llama la susodicha?

\* \* \*

Gautier, Piot, la *madame* inglesa y la que llamaremos «la Forastera» tomaron una calesa para pasear por Madrid. Era la hora adecuada, las siete y media, cuando el calor perdía su fuerza y la luminosidad de los cielos zarcos de la ciudad seguía reflejando los contrastes.

Quien tenía posibilidad de hacerlo, contrataba un coche abierto que, por lo general, ofrecía dos ventajas. La primera, curiosear sin ser censurado, pues lo que a ras de suelo se consideraría descortés, sobre una calesa garantizaba la galantería. La segunda era mucho más apreciada: Los ocupantes del coche abierto asumían desde su altura un rol de superioridad semejante al de los miembros de la realeza. Estos nuevos burgueses manejaban el arte del postureo con esmerada perfección; comparían sus triunfos excitando la envidia de aquel con quien se cruzara, sin dejar de saludar con inclinación de cabeza a los que

no podían asumir el coste de un alquiler. Por consiguiente, era del todo necesario que los coches se deslizaran en hilera y a una velocidad suficientemente lenta para servir de escaparate. Tampoco se libraban de la ostentación los viandantes, que al acercarse la hora punta eran tantos que apenas se podía sacar un pañuelo del bolsillo sin molestar al de al lado.

El conocido paseo del Prado constaba de varias avenidas con una calzada en medio para los vehículos. Estaba bordeado de pequeños árboles sin copa cuyos troncos se bañaban en un pequeño estanque de ladrillo que comunicaba con el resto compartiendo un canal en el que circulaba el agua de riego.

El bello paseo arrancaba un poco antes de la Puerta de Atocha y terminaba en la de Recoletos, aunque el público más elegante sólo paseaba por el tramo entre la fuente de Cibeles y la de Neptuno, y desde la Puerta de Recoletos a la carrera de San Jerónimo. Ése se consideraba el verdadero «salón», tan citado por los forasteros en sus libros de viaje. Les sorprendía que tuviera bancos donde reposar y tomar un refresco, catalogándolo como la avenida de las Tullerías madrileña.

—En efecto —afirmaba Gautier—, este lugar me recuerda mucho a París. Es mirar a los paseantes y venirme a la cabeza los figurines franceses. Eso me deprime mucho, porque vine a Madrid decidido a buscar a la típica manola y he de admitir que no la he encontrado aún.

—Para eso, amigo mío, tiene que ir usted a Lavapiés, a Embajadores, a las zonas humildes, a los extrarradios... Esta parte es tan francesa como la calle donde, seguramente, vio usted el mundo por primera vez. En Madrid, como en otras capitales europeas, gusta mucho el *parisianismo*. Yo, perdóneme que se lo diga, lo aborrezco, porque soy más *inglesista*, pero qué le vamos a hacer. Nunca estamos contentos con lo que tenemos ni lo sabemos valorar hasta que viajamos y echamos de menos nuestras costumbres.

Esto lo dijo la Forastera, una mujer, sin duda, viajada y leída, poco habitual entre las féminas de la ciudad. Se codeaba con mujeres liberadas, algunas escritoras como Cecilia Böhl de Faber

y antes su madre, Frasquita Larrea, excepcional entre las de su generación.

—Las madrileñas son encantadoras en toda la amplitud de la palabra —exclamó Théophile Gautier—. De cada cuatro, tres son bonitas. Pero no responden a la imagen que nosotros, los extranjeros, podemos tener. Son pequeñas, lindas, bien formadas y frágiles de cintura; pie diminuto y hermoso pecho, pero la piel es demasiado blanca, los rasgos, por delicados, se acentúan poco. Muchas tienen el pelo castaño claro y no es difícil encontrar, fíjese usted, siete u ocho clases de rubias de todos los matices: desde el rubio grisáceo al rojo fuerte, que es para mí el rojo de la barba de Carlos V.

—En España hay rubias —continuó Piot—. Sería erróneo no creerlo así. También abundan los ojos azules, pero a mí me gustan menos que los negros.

A sus acompañantes femeninas les resultaban muy graciosos los comentarios de los franceses.

—Es que ustedes vienen buscando el tópico. Aquí somos tan manolas y toreros como ustedes son ciranos o tartufos. Eso sí, aquí el *parisianismo* lleva, por lo menos, seis meses de retraso. ¿Se han fijado ustedes en los pantalones de piernas de garza que llevan los varones?

Gautier se tomaba la mofa como un aliciente para sus notas de campo; todo lo apuntaba, a veces en la libreta y a veces en su memoria, para incluir la anécdota en su futuro libro de viajes. Observaba con deleite el movimiento de los madrileños que quedaban atrás mientras el coche, tirado por dos caballos zainos, entraba ya en el inicio del Prado hacia la Puerta de Atocha.

—Lo que es portentoso es el adorable manejo del abanico de la española. Todavía no he visto una mujer sin ese instrumento tan pintoresco. Ya pueden ir con zapatos y sin medias, o ser ancianas y rezar en las iglesias, pero el abanico siempre lo tienen sobre el pecho, lo mueven con un aleteo rápido y preciso, digno de soldados prusianos... En Francia se desconoce por completo el arte del abanico.

—Cierto, amigo Gautier —confirmó la *madame*—. Yo llevo viviendo en este país años, y todavía soy incapaz de producir el sonido de carraca que desprende un abanico al abrirse. Supongo que se trata de algo inseparable de la herencia histórica del español, semejante a lo que para un inglés es servir una buena taza de té.

La conversación fluía, y los ocupantes de la calesa no ahorran en comentarios, a veces más mordientes de lo que pudiera esperarse de tan elegantes personas. En algún momento, las mujeres, como residentes que eran, se encontraban con algún conocido y lo saludaban meneando la cabeza o con el mismo abanico, que también les servía para comunicarse.

A punto de abandonar el Prado y entrando ya en la carrera de San Jerónimo, Eugène Piot dio un brinco en su asiento y señaló emocionado a unas mujeres que por la amplia acera paseaban con unos carricoches de bebés.

—¡Miren, miren, ustedes! ¿Han visto unos trajes semejantes?

Las mujeres se miraron y asintieron con condescendencia. Fue la *madame* quien se apresuró a explicar a Piot y Gautier el carácter de su hallazgo.

—¿Recuerdan ustedes los anuncios del *Diario de Avisos* de esta misma mañana?

—¿Se refiere a los de las amas de cría?

—En efecto. Pues esas mujeres tan ataviadas, con esos trajes tan vistosos, son las nodrizas.

Rogaron al calesero que se arrimara a la acera y detuviera los caballos, pues tenían interés en ver pasar a las amas tan llamativas que acababan de dejar atrás.

Las dos mujeres vestían trajes que, por similares, parecían idénticos. Pero no lo eran porque los botones de sus chaquetillas diferían en material, que unos eran de filigrana de oro y otros de plata. Cerraban la prenda por delante, siendo ésta de color oscuro y seda brillante, que se ajustaba a la cintura para dejar libre la falda, amplia y adornada con dos galones anchos de tono carmín, uno a la mitad y otro al borde de la saya que alegraba el conjunto. Todo se combinaba con la delicadeza de la ablusada batista

que se asomaba blanquísima por cuellos y mangas, con sus puntillas y entredoses.

Los complementos eran de lo más original, pues a las medias de algodón se sumaban los galones y el delantal forrado, amén de un pañuelo cuadrado de flores que ataban sobre la cabeza para dar protagonismo a las brillantes arracadas de las orejas. Éstas eran a veces de cristal y a veces de oro o plata, pero las más afamadas solían ser de coral, cuyo contraste mitigaba el fondo pardo de la vestimenta. Nada quedaba al azar. Ni siquiera el cabello trenzado que sobresalía de debajo del pañuelo y reposaba sobre la pechera.

—¡Portentoso! —exclamó fuera de sí Gautier—. Parecen salidas de la Ópera de París... Pero ¿qué significa su excepcional atuendo? ¿Es acaso algún tipo de uniforme?

En realidad, el traje típico de las amas de cría no era otra cosa que una esmerada miscelánea de varios trajes regionales. Buscando el necesario sustento, las mujeres del norte, de Burgos, Vizcaya o Santander, emigraban a las grandes ciudades con la esperanza de mejorar su precaria situación familiar. Traían consigo sus escasos tesoros heredados, entre ellos el pintoresco traje regional que, con el tiempo, se adaptaría al calor y a los hogares modernos. El traje de la nodriza, procedente del valle de Pas, tomaría un poco de allí y de allá hasta transformarse en la seña de identidad del ama de cría española.

La pasiega añadía al atuendo complementos de gran belleza. Arracadas de oro y collares de coral, que se consideraban amuletos contra el mal de ojo. Cuanto más adornadas fueran las nodrizas, más alcurnia alcanzaba la familia que las contrataba. Observar el corpiño y la falda abullonada del ama era suficiente para conocer la posición social del niño al que criaba.

—A fin de cuentas, todos llevamos uniforme, ¿no es cierto? —reflexionó Gautier—. Nosotros también vamos anunciando a voz en cuello: «¡Miren, somos franceses y extravagantes!». Cada uno se presenta como es. Sin embargo, esas mujeres son extraordinarias... Nunca había visto cosa igual. ¡Y caminan con tanto orgullo...!

—No es para menos. Su futuro y el de sus familiares está resuelto... La familia real las puso de moda. Hoy en día es imposible pasar sin un ama de cría. ¿Qué sería de esos esposos contenidos tras los meses de embarazo si no pudieran cumplir con su deber marital? Le aseguro a usted, señor Gautier, que por mucho que digan son los maridos los más interesados en contratar a una nodriza. Deben elegir entre el deseo carnal o arriesgarse a arruinar la leche, que la ciencia bien claro lo dice. Si copulas, la leche se malogra. Por eso, al menos, durante dos años, que es el tiempo medio de amamantamiento, la madre rica se libera y puede cumplir con su esposo. Con suerte, antes de finalizar el contrato del ama, la señora de la casa queda de nuevo embarazada y vuelta a empezar... La sociedad lo exige, el progreso lo exige. ¡El hombre lo exige! Pero cierto es que ningún esposo sería capaz de reconocerlo.

Los extranjeros, a fin de cuentas hombres y franceses, comprendieron de inmediato, y es que en todas las sociedades civilizadas hay expertos en manejar el doble rasero para según qué cosas.

—Comprendo ahora que la oferta de nodrizas sea tan alta en los diarios de la ciudad. Debe de ser un negocio muy lucrativo. Si todas las amas de cría se enriquecen...

—No se engañe usted, señor Piot —intervino la Forastera con conocimiento de causa—. En mi antigua vida como camarera de corte vi a muchas mujeres como éstas, regaladas con halagos y prebendas, pero también conocí a las que nunca llegaron a ser como ellas. La lucha es a muerte. La mayoría se quedan en el camino ofreciendo su leche de forma muy precaria... Creo que les convendría dejar por un rato el famoso «salón» de Madrid y visitar los alrededores de la plaza Mayor.

Sin darles opción, la Forastera indicó al cochero que emprendiera el camino hacia la carrera de San Jerónimo y de allí a los alrededores de la Puerta del Sol, para, finalmente, terminar en la plaza de Santa Cruz; un lugar que Gautier y Piot frecuentaban sin reparar en los mentideros y rincones a los que iban a ofrecerse diferentes gremios.

Quedaron los hombres expectantes y en silencio. El ruido de la calle abrumaba, y cada vez era más elevado, de manera que les exigía mucha atención.

Las luces de las farolas brotaban con su aleteo de luciérnaga y las plazas se iban quedando tan vacías como los tenderetes que horas antes ofrecían productos de la tierra con voceos apremiantes: aquél era el verdadero canto de la calle. Los aguadores volvían a sus casas con sus cántaros y el cesto de mimbre o de hojalata, almacén de vasos al que no le faltaba su aderezo de azucarillo. También los caminantes reclamaban su atención, porque en España, como bien dijeron los extranjeros que por ella pasaron, era un país de grandes bebedores, pero de agua. A estos portadores del líquido elemento sólo les hacían sombra los que ofrecían lumbré o mecheros, de manera que al grito de «¡agua, agua fresquita de la sierra!» se imponía el de «¡fuego, fuego para los cigarros!».

La calesa llegó a la plaza de Santa Cruz y frenó en cuanto la Forastera dio orden al cochero. Cerca de una fuente vieron un grupo de mujeres, algunas sentadas sobre los adoquines y otras semiescondidas en los portales. Protegían contra su pecho lo que parecía un pequeño hatillo de ropas ajironadas.

—¿Qué hacen esas mujeres ahí a estas horas? ¿Son busconas?

Piot no demostraba la más mínima condescendencia. La *madame*, por el contrario, suspiró, contagiando en la Forastera un fugaz sentimiento de ternura.

—Esas mujeres son las otras nodrizas; las que no consiguieron el trabajo con el vestido de cuentas de coral. Llegan a la ciudad a ofrecerse a otras madres, a las que han perdido la leche... La mayoría son tan pobres como ellas y no pueden ni pagarlas. A veces sólo les ofrecen cama y comida.

—También hay viudos que las solicitan —intervino la Forastera—. Muchas mujeres mueren de sobreparto... ¿Acaso creen que la vida del bello sexo en España es fácil?

Tanto se abochornaron los franceses que prefirieron no pronunciar palabra durante unos minutos. Para Gautier, especialmente, supuso una inusual muestra de contención.

Un tímido maullido quebró el silencio. Parecía de gato, pero era de niño. Se trataba de un quejido lento, lamentoso, como el que emiten las alimañas cuando se ven acosadas. Una de las mujeres deshojó el bulto de telas que abrazaba como si fuera un capullo a punto de reventar y dejó a la vista la rosada carita de una criatura que reclamaba su pecho.

—¡Por ventura que esto no me lo esperaba! ¿Qué sociedad es capaz de tratar así a las mujeres a las que ensalza en los versos?

La Forastera sacudió los hombros.

—La misma que ha existido siempre. Y, sin embargo, ¿quiénes de los que la componen no se han alimentado de leche al nacer?

Ordenaron al cochero que abandonara con rapidez la plaza de Santa Cruz, momento que aprovechó Gautier para cerrar su libro de notas, circunspecto, sin ánimo de apuntar nada aquella noche.

«Es del todo singular lo que hemos vivido esta tarde», decía para sí el francés. «Qué dulce es la leche para las nodrizas que vimos en el Prado, pero qué amarga la de estas pobres mujeres de la plaza de Santa Cruz».

Théophile Gautier, más conocido como Teófilo, recogería sus impresiones en un memorable libro titulado *Viaje por España*. Recorrió el país de norte a sur, desde Vitoria a Cádiz, buscando a la manola y al chulo que con dificultad encontró. Lo mismo le ocurrió con los bandoleros, tan famosos por aquel tiempo. Sin embargo, dejó una precisa descripción de las nodrizas paseando por el Prado madrileño. A ella se recurre con frecuencia cada vez que se habla de las pasiegas.

## EN EL VALLE DE PAS

Entre los valles esponjosos y altos peñascos regados por el río Pas, subsistían, en cabañas, los originarios moradores de las montañas. Eran gentes rudas, acostumbradas al frío y a la miseria. No conocían el agua corriente ni la luz de gas; no sabían lo que era una

simple farola. Su mundo era su familia, de la que se ocupaban aislándola en una choza en medio de un paisaje casi inaccesible.

Componían las tres villas pasiegas el valle de Pas, San Pedro de Romeral y San Roque de Riomiera, a las que se añadían comarcas de Burgos como Las Machorras y sus cuatro barrios: Lunada, La Sía, Trueba y Rioseco. Todas ellas competían en lo agresivo del paisaje, confirmando lo que decían las leyendas: que en ninguno de estos lugares pusieron jamás sus pies ni romanos ni moros, pues para conquistar aquellas tierras había que ser, sin excepción, pasiego.

Los pasiegos de Santander, como los *vaqueiros* de alzada de Asturias, continuaban siendo la pesadilla de los etnógrafos, incapaces de resolver la ecuación de su origen. A los folkloristas, por el contrario, les fascinaba su pintoresquismo y alegaban que procedían de los judíos errantes. Ésa y otras muchas maldiciones caían sobre los montañeses, a quienes tildaban hasta de tener rabo.

El valle pasiego era un submundo dentro del mundo. Si se buscaba, era como poner el dedo a ciegas en un mapa, en medio de las amplias tierras de Santander y Asturias por un lado, y Palencia y Burgos por otro. Su modo de vida resultaba tan complejo que incluso José María de Pereda se había negado a novelarlo.

El pasiego era hospitalario y apreciaba la rectitud en el comportamiento. Su aislamiento le exigía autosuficiencia, y ésta, a su vez, una estricta organización de sus quehaceres diarios; raro sería encontrar a un montañés incapaz de levantarse al alba y aprovechar el tiempo de acuerdo a la luz natural, pues de ello dependía su supervivencia.

La palabra de un pasiego era sagrada. Con un apretón de manos cerraban los contratos que cumplirían como si hubieran firmado ante notario. Esta rectitud era espejo de su aspecto, arrogante para tratarse de hombres de campo capaces de tirar de las vacas y acarrear leña todo a uno. Esta misma cualidad la heredaron sus hembras, que soportaban a diario un importante peso sobre sus cabezas. Y no es ironía el comentario. Las pasiegas, robustas y de envidiable salud, aprendían desde niñas a transportar

cargas inverosímiles sobre un rodete hecho de tela, y si con este procedimiento no les bastaba se echaban el peso a la espalda. Era un particular modo de transporte, un cesto de madera de avellano llamado cuévano, con el que trasladaban a su prole, y resultaba muy práctico, porque mientras hacían o deshacían sus faenas caseras también cuidaban de sus criaturas, sólo descansando para darles el pecho.

El núcleo familiar compartía las tareas según su fuerza y pericia. Difícil decir ahora cuál de los cónyuges resistía mejor las adversidades: si los varones subían y bajaban de las agrestes laderas azuzando al ganado, las mujeres, además de ocuparse del hogar, parían disimulando el dolor sin desatender sus ocupaciones. Los pasiegos transigían ante el mando de la mujer por provecho del orden familiar; de ella dependían para reproducirse y para criar a esos vástagos que en el futuro ayudarían en el campo. La necesidad obligaba a tolerar un matriarcado que en otras regiones se habría considerado herético, como poco.

Así se formó la leyenda de la nodriza pasiega. Aquellas mujeres se sabían poseedoras de algo valioso. Tenían un tesoro que, tarde o temprano, habrían de ofrecer a la ciudad.

\* \* \*

A Mariya, que era María, la llamaban así en su pueblo desde niña. Los pasiegos deformaban el habla popular asimilando el cántabro y el asturiano. Finalizaban las palabras en «i» o en «u», según les interesaba, aprendiendo de oído los acentos de sus padres. Mariya no pudo ir a la escuela; ni siquiera había escuela en su entorno más cercano. A los dieciséis ya la casaron con Pidru, y tuvo a su primer hijo, el Pidrucu, a los pies de un roble, mientras pastoreaba. Al tercer dolor salió el niño gimoteando y lo colocó sobre una mullida mata de helechos. Tuvo que arrancarse el bajo de las enaguas para enfajarlo y después taparlo con su mandil todavía manchado de sangre. Trastabillaba de la debilidad cuando se acercó al arroyo, y allí enjuagó su reluciente cara y sus ojillos

ciegos. Lo cargó en el cuévano, la cesta de madera de avellano que colgaba de su espalda, y se lo llevó a la cabaña.

Cinco años después nació la Alfonsa, tan famélica que pensaron que no sobreviviría, pero lo hizo. Y esta vez no pilló a Mariya bajo un roble, sino en el hogar, preparando la cena en la cabaña de invierno, en la que vivían por temporadas mientras seguían al ganado.

Cuando el Pidru volvió de pastorear, se encontró con un miembro más de la familia. No era cosa mala, pues se trataba de una niña y quizá con el tiempo tendría buena leche que canjear en casas nobles. Aquello podría sacarlos de pobres y permitirles disfrutar de un hogar permanente y con estufa.

Tras Pidrucu y Alfonsa llegó otra niña, la Antoñuca. Ya al asomar se le conoció que tendría el pelo rojo, como una tía abuela que alguien recordaba de la familia. Nació de nalgas, y a poco estuvo de matar a la madre, pero ni una ni otra cedieron al contratiempo. Con ayuda de una partera pudieron abrazarse y la pequeña recibió su primera leche, que se derramó portentosa, como manantial.

En medio de un prado sin robles ni helechos tuvo Mariya los primeros espasmos anunciadores de su cuarto alumbramiento. Se le partió la espalda como si hubiera recibido un empujón del viejo buey. Percibió que esa vez sería diferente; no en vano se olvidaba a menudo de colgarse el amuleto de coral que protegía del mal de ojo.

Oteó a lo lejos, hacia la cabaña de verano donde ahora residían. El humo que ascendía desde la chimenea le confirmó que estaba habitada y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, entre espasmos, silbó. Tenían pactado los sonidos: uno largo y con final intermitente significaba peligro.

Un perro correteó hacia ella, y tras él un niño de poco más de diez años, piernas largas sin calcetines, chaqueta abotonada hasta el cuello, raída y parda.

—Avisa a la *tíya* Rosario, que venga a la cabaña. Rápido, que estoy de *partu*. Ve con el *palancu*, que irás más *apriesa*.

El Pidrucu obedeció de inmediato. Conocía la situación: tenía dos hermanas y ayudaba a su padre con las vacas cuando parían. La vida y la muerte no se cuestionaban, ni siquiera se pensaba en ellas. Cuando la última llamaba a la puerta sólo quedaba correr a pedir ayuda.

El muchacho manejaba el palancu como el más diestro de los montañeses. Lo sobrepasaba por un palmo, que era lo habitual, aunque con la mitad de años ya lo manipulaba con destreza, viendo en él no la utilidad que ofrecía, sino lo entretenido de su maleabilidad. Su flexibilidad permitía el impulso si sabías usarlo, y eso aprendían los pasiegos desde la infancia, confiándole su vida, clavando su extremo repleto de tachuelas que evitaba el resbalón mortal en las húmedas tierras de las brañizas.

\* \* \*

Cuando no lo enviaban a algún mandado ni le encargaban tareas, ejercitaba el salto; era tanta la agilidad que conseguía que sus padres lo amenazaban con esconderle la vara por miedo a que se rompiera alguno de sus huesos.

El niño saltaba como un feriante, retorciendo el cuerpo cual si fuera de trapo. En cada zancada adelantaba tres. Plantaba sus pies en tierra rebotando, siempre sujetando el tieso palo, y volvía a encogerse para impulsarse de nuevo con la asombrosa pértiga a la que todos los pasiegos debían, al menos, varias vidas.

El can no lo siguió. Enseñado estaba a permanecer en la cabaña pasara lo que pasase, y en aquel momento comprendió que su sitio estaba con su ama, que a trompicones consiguió alcanzar la casa, que ahora le parecía más aislada y desapacible pero en la que la esperaban, muy asustadas, sus dos hijas menores.

Cuando la *tiya*, la tía Rosario, hermana de Mariya, llegó a la cabaña, ya se encontraba la parturienta echada en un jergón. No le había dado tiempo ni a descalzarse. En los pies tenía aún las almadreñas de madera embarradas, y a cada patada, cuando venía una contracción, repicaban contra el suelo de piedra.

—¡Hermana! ¿Qué *ties*? Dime qué hago... ¿*Llamu* a la partera?

La *tiya* Rosario llevaba a la espalda un cuévano. Lloriqueaba dentro el primero de sus hijos, nacido apenas dos semanas atrás. Todavía le costaba subir a su cabaña en las altas lomas, y sintió alivio al ver que Mariya no había parido sola. Pero al verla allí tendida, sudorosa, con su cara traslúcida de venas azuladas, como un pergamino de los que el cura tenía en la iglesia, se temió lo peor.

—¿Dónde está tu *maridu*?

—En el monte, con las *vacucas* —respondió entre sofocos la parturienta—. No lo llames, que no hace falta. Que el Pidrucu avise a la partera, que este *nenu* estropeóseme, lo presiento...; que los otros salieron con dos apretones.

Rosario sudaba también de impotencia y miedo. Colocó el cuévano con ternura en la esquina de la cabaña.

—Pidrucu —le dijo al pequeño—. Ve corriendo, que yo pondré el *calderu* a hervir agua.

Todos sabían qué hacer en ese momento; incluso las niñas Alfonsa y Antoñuca, que abrazadas a unas muñecas de trapo ocupaban un minúsculo rincón.

—Niñas mías —dijo Mariya entre dolores—, mirad bien, no apartéis la vista. Tenéis que aprender, que muy pronto os llegará a vosotras.

\* \* \*

Razón tuvo Mariya en que el parto se estropeaba. Pasaba el tiempo y la criatura se atascaba, lo que era experiencia extraña para ella, una mujer de fácil gestación y mejor alumbramiento, pues la mayoría de las veces lo hizo sola o con pequeña ayuda y sin molestar a nadie.

Pero ahora era diferente. Notaba que el *diablu* la perseguía desde hacía semanas.

—Rosario, busca el colgante de coral que *tengu* en ese *hatillu*. Sácalo y pónmelo sobre la barriga. Nunca es tarde para espantar a los malos espíritus.

Mientras Mariya se retorció de dolor, su hermana buscó temblona el amuleto. Colocó la desgastada piedra rojiza sobre el bulto de ropas, que era su vientre y en donde la vida luchaba por zafarse y encontrar la libertad.

El sudor resbalaba por la frente de la mujer y caía sobre la almohada. La veían respirar con honda contención evitando un gimoteo que podría haber desembocado en grito pero que no se producía. Mariya resistía en silencio, rechinaba los dientes y apretaba las manos contra el jergón arrugando las sábanas. La tela de sarga vieja emitía un sonido plañidero que auguraba una larga agonía. Las niñas lo percibieron, y espontáneamente prorrumpieron en sollozos.

—Ey, *pasiegucas*, ¿*tenís mieyu*? Pero si esto es lo que *tie* ser hembra... No, no..., hay que decir «mujeres». Decid así, niñas mías, que vosotras viviréis en la ciudad como la *tiya* Benigna, que se hizo rica siendo nodriza. ¡Ay, qué necias fuimos, hermana...! Éramos tres, y por orgullo ahora sólo somos dos.

Rosario tragaba saliva; tenía seca la boca, y ahora, con eso de recordar a su otra hermana, la que se marchó a la ciudad, le parecía que necesitaba beber algo. Rebuscó entre la loza una jarra donde poder echar un poco de aloja, refresco de agua, miel y azúcar. Tomó un trago y le dio otro a Mariya, que lo sorbió con dificultad.

—¿A qué viene ahora hablar de Benigna? Eligió dar su leche, ahorró y se casó con ese indiano que tenía una palmera. No quiso volver.

—Pero nos ofreció su ayuda y nosotras no quisimos. Qué orgullosas fuimos. Pasiegas hasta la muerte...

La siguiente contracción fue más dolorosa. Su espalda se encorvó como la de un gato.

—Prométeme una cosa, hermana *miya*... Si esto sale mal, llévale la criatura a Benigna. Ella es rica y la amamantará.

Rosario tiritaba de nervios. ¡La partera tardaba demasiado!

—¡*Tey de ahí!* No digas eso ni en bromas. Lo *alecharás* tú, como a los otros.

Mariya se marchitaba; su voz se consumía como la vela que el Pidrucu tuvo que encender para salir de la penumbra. Y fue providencial, porque cuando la luz se hizo tocaron a la puerta tres veces. La partera venía con prisa.

\* \* \*

Nadie conocía la edad de la partera, ni siquiera su nombre, que todos la llamaban así por su oficio, que ya le venía de familia. Eran los *parterus*. Se les avisaba cuando había peligro de muerte, pero también los evitaban porque conocían sus vicios, siempre contrarios a la moral cristiana.

De un empujón, la mujer retiró a Rosario cuando ésta le abrió la puerta. Tiró en el suelo un hato de ropa donde escondía instrumentos que nadie quería ver. Apartó la falda de la parturienta y le rompió las enaguas que le estorbaban para ver el canal del nacimiento. Apretó el vientre con fuerza, y Mariya no se rebeló; su respiración era casi inaudible.

—El *criu* viene de nalgas, hay que *volverlu* —dijo la partera.

Se limpió la frente con el antebrazo, se sorbió los mocos, escupió sobre sus manos para lubricarlas y con sus uñas negras las introdujo en el interior de Mariya, que tenía los ojos abiertos pero inexpresivos. Al Pidrucu no le impresionó. Había visto hacer lo mismo a su padre con las vacas preñadas, incluso atarles una pata para tirar de ellas si no salían a tiempo.

Las niñas lloraron al ver brotar tanta sangre, y el pequeño dentro del cuévano se despertó. Al tiempo, el perro ladró dos veces y fue a lamer las gotas purulentas que resbalaban entre las sábanas. En un acto reflejo, el Pidrucu le dio una patada, y el animal se alejó aullando; por eso no vio que su hermana nacía e hipaba anunciando su llegada al mundo.

—Aquí la *ten*. Por la madre sólo puedo rezar, amén, Jesús.

La partera se santiguó y, limpiándose las manos con los trapos de su propio hatillo, salió de la cabaña. No lo dijo, pero todos sabían que volvería al día siguiente a recibir su sueldo.

A unas horas de suceder aquello, entró Pidru en su cabaña y encontró a sus hijos acurrucados junto al perro, agotados. Dormitaban con espasmosas sacudidas sobre el suelo. El cuerpo de Mariya, amortajado, era ya bulto sobre el jergón. De no haber sido por la sangre, sin eliminar a tiempo, no habría sospechado del drama. Y aquel silencio... Tan puro era que dañaba.

Junto al camastro, Rosario ocupaba la única silla de la cabaña. Tenía el pecho descubierto y sus senos, rebosantes de venas azuladas, aquietaban el hambre de las dos criaturas que amamantaba. Sorbían ambas, como compitiendo, sin saberse la una al lado de la otra. Su universo era la leche cremosa que entraba en sus bocas y aun ahítos de placer seguían demandando.

La cuñada miró con recelo al hombre que acababa de entrar y le dijo muy serena:

—Ya *ties* otra *pasieguca*. ¿Estás *contentu*?

Rosario lloraba, y las lágrimas salpicaban a los chupones. El mayor de ellos, incluso, tuvo el reflejo de limpiárselas.

## EN OVIEDO

Era la mediana la más espabilada. Siempre lo dijeron sus padres, incluso delante de las otras dos, que terminaron por aceptar lo evidente sin resentimiento. Como lo cuestionaba todo y sus reflexiones eran muy sesudas, consideraron que fuera a la casa del cura a tomar lecciones. Así aprendió a sumar y restar aventajando a sus dos hermanas, que, a su vez, aprendían a segar con el dalle.

Benigna desdeñaba las convenciones rebelándose incluso ante la naturaleza; tanto era así que, mientras los demás apestaban a estiércol, ella olía a mar, a frescura, a hierba recién segada. Su padre la enviaba a las ferias para vender los terneros porque con su candor engatusaba a todos los hombres, y raro era que no les diera una sorpresa habiendo vendido por encima de su coste y recibido algún regalo de cortesía. Tenía un don para el regateo, y con aquella sonrisa..., ay, qué no conseguiría.